

Africa romana

PILAR GONZALEZ SERRANO

Profesora Titular de Arqueología
Universidad Complutense de Madrid

La ocupación humana en tierras del norte de Africa está atestiguada por numerosos restos arqueológicos, entre los que destacan, de modo especial, los de carácter megalítico, vinculados con la raza aborigen de esta zona, emparentada con la de los beréberes, pueblos que, en la actualidad hablan el idioma indígena denominado *tamaxeek* o *imoxak*. Descendientes probablemente de los libios, entre ellos se incluyen a los cabileños y rifeños. Del antiguo alfabeto líbico procede asimismo, en su última fase, el llamado *tifinag*, empleado en el Sahara casi hasta la actualidad.

Vestigios que se pretenden próximos al 1200 a. C. sitúan en tales fechas los contactos entre Tiro y las costas ribereñas del Africa Septentrional. Los modestos asentamientos fenicios que tal vez se establecieron hacia el 1100 a. C., admitiendo fechas casi míticas, serían Lixus, en la desembocadura del río Lucus, junto a la actual ciudad de Larache, y Utica, al norte de la bahía de Túnez, cerca de Bizerta y el Cabo Blanco. Esta ciudad gozaría siempre de gran prestigio frente a las colonias de fundación más tardía, precisamente por su carácter de pionera en territorio africano. De fecha algo posterior debieron de ser los asentamientos de Tingis (Tánger) y

Rusadir (Melilla), y de los siglos VII y VI datan los restos aparecidos en Mogador, ya en la costa atlántica.

En el 814 a. C. sitúa la leyenda la fundación de Cartago, la “Quart-hadsht” o ciudad nueva, por unos emigrantes tirios en la mítica acrópolis de Byrsa y, a partir de entonces, se supone que comenzó la colonización sistemática de la zona, muchas de cuyas ciudades son citadas en el célebre periplo de Hannon (425 a. C.) realizado por las costas occidentales de Africa. En esa época, los pueblos indígenas de la región, con los cuales Cartago mantuvo siempre distantes relaciones, ya se habían organizado en el reino de Mauritania y Getulia, extendido entre el Océano y el río Muluya.

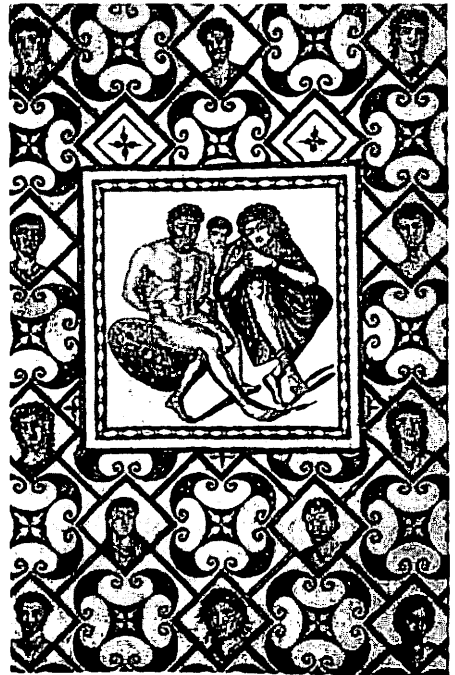
Cartago, que desde su fundación había orientado su política al fomento del comercio marítimo, al ser derrotada por los griegos de Sicilia en la batalla de Himera, en el 480 a. C., inició la intensiva explotación agrícola del actual territorio tunecino, fundando una cadena de establecimientos costeros llamados a convertirse con el tiempo en florecientes ciudades, entre las que son de destacar Leptis Magna, Sabratha, Oea (Trípoli), etc., verdaderos emporios de la llamada, posteriormente, Tripolitania.

Las guerras púnicas variaron, como es sabido, el equilibrio político y económico del Mediterráneo a partir del siglo III a. C. y desde el 146 a. C., en que fue definitivamente arrasada la ciudad de Cartago, su estrella, como potencia de gran magnitud, declinó para siempre.

De esta suerte, la franja septentrional de Africa, pasó a depender de Roma tras un largo proceso de 72 años, los mismos que median entre el 30 a. C., fecha de la conquista de Egipto, y el año 40 d.C, que fue cuando Calígula anexionó al Imperio la Mauritania. Tierra de beréberes, pertenecientes a la raza más antigua y numerosa de toda la zona norte africana, como ya se ha dicho, de ellos se empezó a tener información gracias a Escipión el Africano y otros autores del siglo II a. C., quienes comenzaron a dar noticias del númida Massinissa, aliado de los romanos, y de su nieto Yugurta, protagonista más tarde de la célebre *Guerra de Yugurta* cuya detallada crónica debemos al historiador Salustio (86-34 a.C) a su regreso del gobierno de Numidia.

En realidad, hasta entonces, para los romanos, esa región se identificaba con la derrotada Cartago, la ciudad a la cual, tras la victoria de Zama en el 202 a. C. se le habían impuesto unas duras condiciones, entre ellas las de un desarme total y la prohibición de seguir desarrollando su política marítima, base tradicional de su economía, para evitar que pudiera rehacerse y originar nuevos conflictos. En condiciones tan adversas, Cartago hizo un maniifiesto viraje de intereses se afanó en desarrollar una intensiva explotación agropecuaria de sus tierras, como hiciera antaño, tras la derrota de Himera, convirtiendo en prósperas y feraces sus regiones del interior, razón por la cual siguió manteniendo unos aceptables niveles de prosperidad y desahogo.

Entre tanto, el príncipe númida Massinissa se propuso civilizar su reino de acuerdo con los patrones de los estados helenísticos con los cuales entró en contacto: Rodas, Delos, Atenas, etc. Tales pretensiones de progreso político calaron en la propia Cartago donde surgió un partido simpatizante de su causa, de tal suerte que fueron muchos los que vieron con buenos ojos que todo el Magreb se uniese bajo el cetro de este númida de ideas avanzadas y aliado de Roma. Sin embargo, el partido popular y nacionalista de Cartago se opuso a las pretensiones de Massinissa incluso con las armas. Su derrota fue total y no sólo se vio obligada a pagar un tributo anual a Numidia, sino que, habiendo desobedecido la prohibición expresa de Roma de declarar la guerra a sus aliados, sufrió la represalia que era de esperar. Roma, a quien la victoria de Massinissa había preocupado enormemente al verle alzarse como soberano casi absoluto de todo el norte de Africa, movilizó una gran armada y, sin aviso previo, declaró la guerra a Cartago en 149 a. C. Tras un largo asedio, del 149 al 146 a. C., por Escipión el Emiliano, Cartago fue des-



Tipasa. Mosaico: prisioneros-berberes en un marco de retratos. Museo de Tipasa.

truida, su población vendida y el territorio púnico, solar de la poderosa y mítica fundación tiria convertido en *ager publicus*. Sin embargo, los cartagineses se dispersaron por todo el norte de Africa difundiendo su lengua, instituciones y, sobre todo, sus expertos sistemas de explotación agrícola que, poco a poco, fueron convirtiendo al norte de Africa en una de las zonas más feraces de todo el Mediterráneo. En ella no tardaron en aposentarse ricos terratenientes que edificaron lujosas mansiones dentro de sus vastos dominios, alcanzando unos niveles de lujo y bienestar de los cuales nos quedan abundantes y elocuentes restos materiales.

En la etapa siguiente Yugurta (118–104 a. C.), nieto de Massinissa, pero desheredado por su origen ilegítimo, se hizo con el trono tras asesinar a cuantos familiares suponían una traba para él y, ayudado por su suegro Bocco de Mauritania, trajo en jaque a los romanos hasta que ambos fueron vencidos por Mario y Sila. Numidia fue confiada a un procónsul que era el único gobernador senatorial que disponía de mando militar: la *legio III Augusta* que dependía de él y, a continuación, todo el norte de Africa se vio envuelta, de una u otra manera, en los conflictos sociales de la época y en los derivados de las ambiciones y enfrentamientos de los integrantes de los dos famosos triunviratos anteriores al gobierno de César.

Más tarde, Augusto incorporó el territorio marroquí a la Mauritania oriental, en el 25 a. C., encomendando su gobierno al rey Juba II, su gran amigo personal, fiel aliado de Roma y que, en calidad de tal, le había prestado su ayuda en la batalla del *Actium*. Hijo de Juba I, partidario de Pompeyo, se había criado en Roma, como distinguido rehén, junto a Augusto con el que siempre mantuvo una gran amistad. Su reinado se extendió desde el 25 a. C. hasta el 23 d. C., período durante el cual el norte de Africa conoció momentos de paz y prosperidad. Estableció la capital de su reino en *Iol*, una antigua localidad marítima a la que denominó *Cesárea* (actual Cherchel) en honor al emperador y alcanzó merecida fama no sólo como un monarca eficiente y justo, sino también como escritor y erudito, autor de varias obras de Historia y Geografía que, lamentablemente, no han llegado hasta nosotros. Casó con Cleopatra Selene, la hija de Cleopatra VII de Egipto y Marco Antonio, y de esta unión nació Ptolomeo, el heredero que le sucedió en el año 24 d. C.

Este nuevo monarca tuvo un destino más sombrío que su progenitor, ya que fue asesinado en el año 40 por orden de Calígula, en la propia Roma, en el transcurso de una de las visitas que realizó a la urbe en calidad de invitado. Esta tropelía motivó la rebelión de Aedemón, liberto de Ptolomeo, quien dirigió la resistencia contra los romanos, tras el asesinato de su rey. Sin embargo, fue aplastada por las legiones romanas tras una breve campaña de castigo, sin la menor consideración a los pactos de amistad y mutua colaboración que antaño establecieron Augusto y Juba II. En esta misma fecha Mauritania quedó incorporada al Imperio y en el año 42 su total dominación era un hecho. Claudio la dividió, posteriormente, en dos provincias: *Mauritania Caesarienses* (aproximadamente la actual Argelia) y *Mauritania Tingitana* (aproximadamente el actual Marruecos), confiándose el gobierno de cada una de ellas a un personaje de rango ecuestre que, al igual que el prefecto de Egipto, tenía atribuciones de proconsul.

De esta forma, toda el Africa blanca, desde la Sirte hasta las columnas de Hércules, pasó a ser de dominio romano, procediéndose a la siguiente división administrativa: Mauritania Tingitana, Mauritania Cesárea, Numidia, Africa proconsular, Cirenaica y Egipto. Por razones de gobierno, en época posteriores, de la Mauritania Cesárea se desgajó la Mauritania Sitifiana (cuya capital fue *Sitifis*, la actual Sitif); se mantuvo Numidia (que contó con la ciudad de *Theveste*, luego Constantina y actual Tebesa, y la de *Thamugadi*, actual Timgad, no lejos de *Lambaesis*, fundada por Trajano en el año 100, para sede de la III Legión); y, a partir de la llamada Africa proconsular, se perfilaron con entidad propia, la provincia de Africa (con centro en *Cartago*, la vieja enemiga romanizada y con ciudades de la importancia de *Tugga*, actual Dugga); la Bizacena (entre el actual golfo de Hammamet y la Pequeña Sirte, teniendo por capital en época de Diocleciano a *Hadrumentum*, la actual Susa, una antigua fundación fenicia que alcanzó rango de colonia en tiempos de Trajano) y la Tripolitania (con su centro neurálgico en *Leptis Magna* y las importantes ciudades de *Sabrat-ha* y la antigua *Oea*, hoy Trípoli).

Cada una de estas regiones contó no sólo con numerosas y lujosas villas, centros de los latifundios explotados por ricos terratenientes, sino también

con unas prósperas ciudades, la mayoría de las cuales acabamos de citar, trazadas y concebidas a la romana, y que vivieron su época dorada en de mediados del siglo II a mediados del III, momento en el que las graves crisis económicas planteadas por el crecimiento desmedido del Imperio y las presiones ejercidas por otros pueblos en sus fronteras llegaron a todos los confines del mundo romano.

El proceso de romanización, como es fácil de imaginar, no se produjo a ritmo uniforme, sobre todo en los territorios del interior. Las zonas que habían conocido la dominación cartaginesa o sus influjos culturales, y en las cuales los indígenas beréberes se habían acostumbrado a llevar una vida sedentaria, la adaptación a los nuevos sistemas de vida se dio de forma casi inmediata. Sin embargo, en las regiones meridionales los nómadas del sur mantuvieron sus formas de vida tribales, constituyendo una amenaza continua con sus frecuentes incursiones de pillaje y destrucción. Por esta razón, los romanos se vieron obligados a establecer una frontera fortificada *el limes meridional*, a través de la meseta argelina en la Mauritania Cesárea, continuando por la Tingitana hasta Rabat. El momento final del proceso fue la transformación de la Numidia en una zona militar, a partir de Septimio Severo, el emperador oriundo de Leptis Magna, que tanto protegió, no sólo a su ciudad natal, sino a todo el norte de Africa, para mantener a raya a las belicosas tribus meridionales y, en especial, a la de los garamantes.

Desde el punto de vista de la economía, hay que recordar que desde finales del siglo II y a lo largo de todo el III, Africa fue la parte más próspera del Imperio. Sus campos se hicieron famosos por su fertilidad, en momentos que el cultivo de los cereales en Italia y Sicilia no compensaban de los esfuerzos que se requerían, razón por la cual se convirtió en el llamado *granero* de Roma y, a la vez, la producción de frutas de calidad, los cultivos de la vid y del olivo, el fomento de las industrias de salazones, etc. contribuyeron a fomentar la imagen de un Africa pródiga y bien abastecida, donde se podía vivir de forma muy confortable.

Las regiones que hoy se nos aparecen como desiertos estuvieron antaño dotadas de grandes pantanos y de unas redes de canales y esclusas para cuyo correcto aprovechamiento existió una legislación muy semejante a la

que todavía se mantiene en nuestras tierras levantinas. Los grandes terratenientes no cultivaban sus latifundios con esclavos, sino que, divididas sus tierras en porciones cultivables, eran arrendadas a colonos libres. Este sistema de explotación, que en principio pareció terminar con los viejos métodos esclavistas, condicionó, incluso, los tipos de instalaciones agrícolas. Así, en medio de un dominio, *saltus*, se situaba la villa pseudourbana del gran señor y, alrededor las más humildes de los colonos, *circumcelliones*, cada cual rodeada de su parcela de explotación de la cual tenía que entregar *in natura* una tercera parte de los productos cosechados a su arrendador. Este sistema de aparente justicia distributiva conoció momentos de prosperidad para unos y otros, sin embargo, era obvio que sólo podía funcionar en zonas muy feraces. En el siglo IV, la gran crisis política y económica que afectó a todo el Imperio, llegó también a tierras africanas. Los grandes terratenientes dejaron de habitar en sus dominios y encargaron de su explotación a los intendentes, *conductores*, gentes sin escrúpulos que aumentaron las cargas de los colonos quienes, incapaces de cumplir con sus obligaciones, terminaron como esclavos adscritos a la tierra. El empobrecimiento de la región se precipitó, al tiempo que las conmociones agresivas se sucedieron unas a otras: los alamanes cruzaron el *limes*, los francos iniciaron su presión en occidente, mientras los godos lo hacían en la línea del Danubio y los partos en la del Eufrates, etc.

Por lo que respecta a Africa, en época de Galieno (253-268) las tribus del desierto atacaron las ciudades de la Mauritania produciendo en ellas grandes destrozos. Cuando con el advenimiento de Diocleciano (284-305) se restableció un nuevo orden en el Imperio, los romanos se dieron cuenta de que ya era imposible dominar de nuevo todo el territorio de la Tingitana, por lo que mantuvieron la frontera meridional a lo largo del río *Lucus*. En tales momentos es cuando ciudades como Volubilis, Valentia, Banasa, etc. debieron de ser, en cierta forma, abandonadas. La Tingitana pasó a formar parte de la diócesis de Hispania, como una especie de continuación natural de la Bética, con la que, a partir de entonces, ha continuado vinculada.

No se puede omitir, dentro de este panorama general lo que significó en tierras de la Berbería la difusión del Cristianismo a partir del siglo II d. C.,

de la mano de figuras como Tertuliano (160–240), San Cipriano (m. hacia el 210) y San Agustín (354–430) y de heréticos como Montano y Donato, generadores de cismas, más de orden moral que doctrinal, que encontraron caldo de cultivo entre los descontentos *circumceliones*, los campesinos sin tierra, oprimidos por los *conductores*, cuyos excesos y rapiñas contribuyeron en gran manera a la descomposición del Africa romana. El Cristianismo tuvo un carácter de religión popular, de gran calado en los niveles bajos y medios de la sociedad y, con tales características, se extendió por tierras del mediodía hispano.

En el 429 desembarcaron los vándalos y bajo Genserico esta zona conoció su última etapa de prosperidad. Después llegó la hora del predominio de los beréberes a pesar de que Justiniano luchó contra ellos y los derrotó en el 534.

Tras esta breve visión panorámica de los avatares histórico por los que atravesó el norte de Africa, nuestro interés va a centrarse en la zona de las dos Mauritánias, la Tingitana y la Cesárea, separadas ambas por el río Muluya, por ser las zonas de mayor influencia histórica para la actual Melilla, y en cada una de las dos principales ciudades que las sirvieron de capital: *Volubilis* y *Cesárea*.

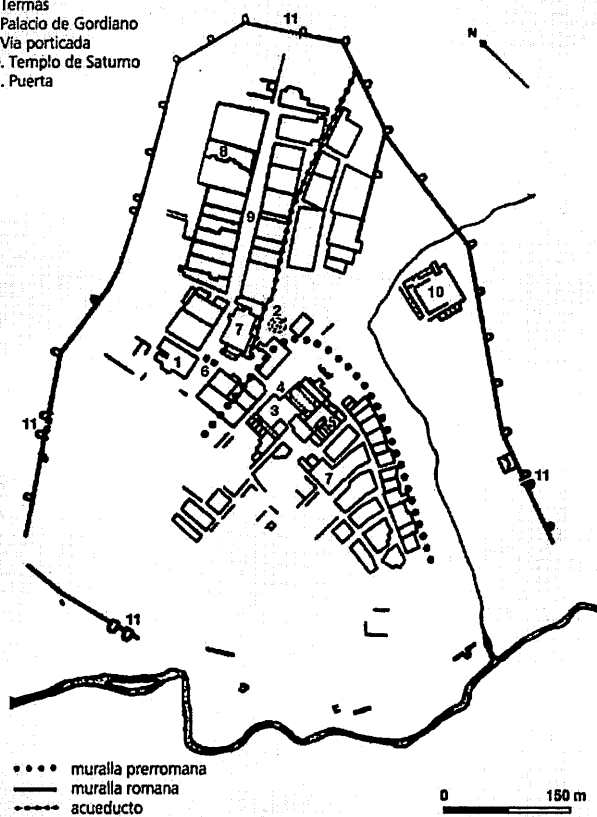
En la Mauritania Tingitana, el centro urbano más destacado fue *Volubilis*, antiguo asentamiento libio púnico, que en tiempos de Juba II se convirtió, casi con toda seguridad, en la capital de la provincia. Excavada a partir de 1915, se ha demostrado que sus fases de edificación, como ciudad romana, fueron dos principalmente. En el nivel de la llamada *Volubilis I*, de época de Juba II, sus construcciones demuestran una fase inicial de romanización, cuando posiblemente sólo sería una *civitas foederata*. Más tarde, al alcanzar bajo el gobierno de Claudio el grado de municipio, inició su pleno desarrollo urbanístico a la par que se edificaron lujosas casas privadas, cuyos restos demuestran el grado de importancia alcanzado por la ciudad. Son varios los nombres de próceres y hombres ilustres que contribuyeron al prestigio de su patria chica, tales como un tal M. Valerio Severo que ayudó a los romanos contra un rebelde, Edemón, hecho que probablemente propició el que Claudio concediera a Volubilis el rango de municipio.

Desde el momento que esto sucedía el crecimiento de una ciudad era inmediato. La presencia de los *publicani*, es decir, lo que hoy llamaríamos hombres de negocios, impulsores de la iniciativa privada, hacía que los sistemas de producción, comercialización y distribución de sus riquezas experimentaran un proceso acelerado de crecimiento que redundaba en beneficio de todos.

La ciudad, excavada por E. Lenoir, estuvo rodeada de una muralla construida en época de Marco Aurelio. Medía 500 m. de perímetro y alcanzó el 1,5 m. de espesor. A lo largo de su trazado se abrieron 8 puertas y se alzaron 34 torres. Su centro neurálgico, según patrón romano, fue el Foro que adquirió su forma definitiva en el siglo III d. C., convirtiéndose en una gran plaza de 20 x 30 m., rodeada de amplios pórticos laterales. Se alzó en el mismo lugar que, en época de Juba II, ocuparon dos templos yuxtapuestos de los que se han encontrado restos y que pertenecen a los niveles de la llamada *Volubilis I*. En su lado oriental se hallaba situada una basílica, de cinco naves. La central y más ancha se terminaba en dos ábsides en sus extremos, detalle constructivo que le confiere un aspecto singular. Este edificio dedicado a la administración de Justicia y a la realización de importantes transacciones comerciales se abría al Foro por medio de tres puertas. Al sur de la basílica se levantaba el Capitolio, situado en el centro de una pequeña plaza, y se accedía al templo, posiblemente un hexástilo períptero sobre podio, según las últimas investigaciones, por una escalinata de acceso. En el sudoeste se encontraban las termas centrales y, al norte de todo este conjunto, al inicio de la vía porticada que se abría con el arco de Caracalla y Julia Domna se encontraba otro importante conjunto termal.

El arco que acabamos de citar, llamado por los naturales del país *Castillo del Faraón*, por relacionar sus restos, al igual que otras tantas ruinas de Africa, con el poder de los antiguos monarcas de Egipto, fue erigido en el año 217, al tiempo que el Capitolio, por el procurador imperial Marco Aurelio Sebasteno en honor de Caracalla y de su madre Iulia Domna. Su restauración, iniciada en 1933, aunque no muy rigurosa, permite hacernos una idea de su traza inicial. Era un *fornix* de un sólo vano con cuatro columnas salientes en cada fachada y adornado en sus paramentos con

1. Casa del Efebo
2. Túmulo
3. Foro
4. Basílica
5. Capitolio
6. Arco de Caracalla y Julia Domna
7. Termas
8. Palacio de Gordiano
9. Via porticada
10. Templo de Saturno
11. Puerta



Volubilis. Plano de la ciudad.

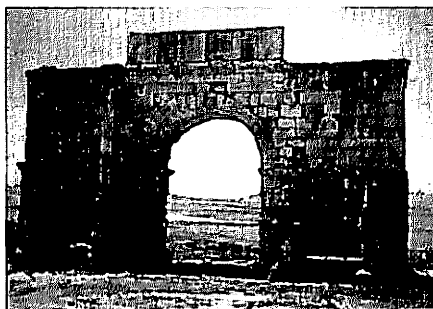
medallones en los que se representaron retratos de la familia imperial. Sobre la perdida cornisa cabalgaría un ático coronado por una cuadriga conducida por el propio emperador. Con él se iniciaba la avenida porticada, una de las calles más importantes de la ciudad, a cuyos flancos se alzaban lujosas mansiones de las que se han conservado muchos restos, sobre todo pavimentos musivarios. Casas con amplios atrios, de dos pisos, por lo general, y algunas incluso con instalaciones termales particulares y salas con molinos propios, para la elaboración de aceite.

De entre todas ellas destacan la casa del Desultor, la del Perro, la de Orfeo, la del Efebo, la de la Columna, la del Caballero, la de los Trabajos de Hércules, la de la Moneda de Oro, la del Abside, la del Cortejo de Venus, etc., todas ellas estudiadas por R. Etienne y conocidas con nombres que tienen que ver casi siempre con sus particularidades más destacadas, sus mosaicos más bellos o las esculturas que en ellas se han encontrado, la mayoría de las cuales se encuentran en el Museo de Rabat.

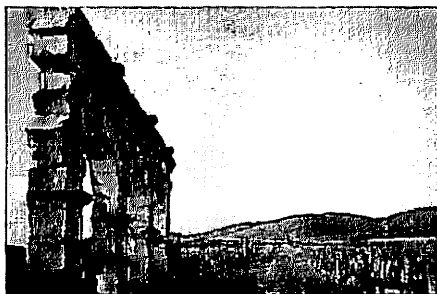
El llamado palacio de Gordiano debió de ser la residencia oficial del gobernador de la provincia. Su construcción debió de iniciarse en época de Caracalla y continuarse en etapas posteriores. Es un edificio de características suntuosas, con termas propias y grandes espacios abiertos correspondientes a zonas ajardinadas.

La ciudad fue abandonada por los romanos poco después del año 280, pero siguió siendo habitada por los naturales de la región, quienes disfrutaron en ella de un buen nivel de vida material, durante bastante tiempo después, aprovechando las inmejorables infraestructuras creadas por los romanos.

Arco de Caracalla. Volubilis.



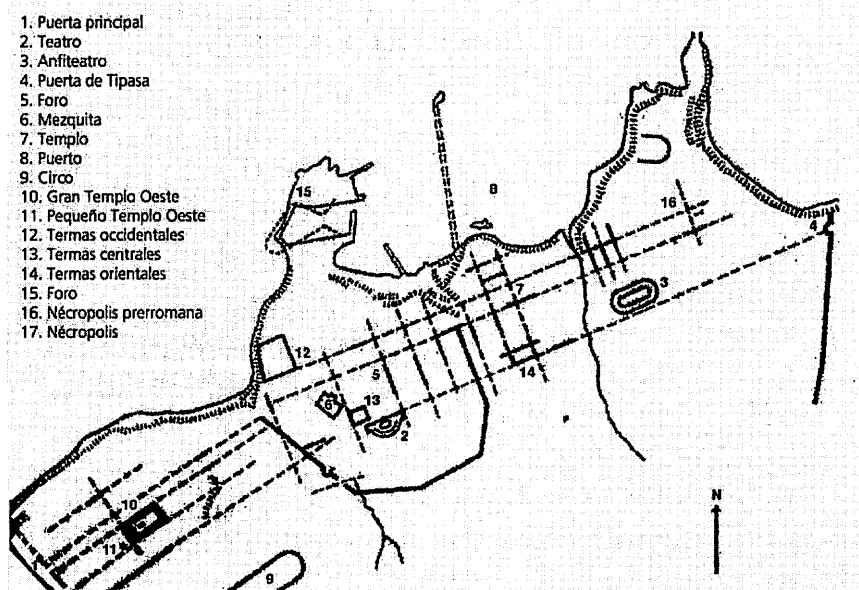
Volubilis, Decumanus.



En la Mauritania Cesárea, la ciudad más importante fue Cesárea que dio nombre a la provincia. Se construyó sobre la antigua *Iol* de los fenicios y, en la actualidad, se identifica con Cherchel, en la costa argelina, edificada sobre sus ruinas. Enclave próspero desde viejos tiempos, conoció sus momentos de esplendor bajo Juba II, quien la convirtió en capital de su reino, pretendiendo hacer de ella una segunda Roma, en este caso una Roma abierta al mar y con un espléndido puerto. Ocupó una gran extensión (150 ha.) y su trazado de calles se atuvo a las corrientes urbanísticas más adelantadas de la época, basadas en el trazado ortogonal de sus calles y amplias avenidas.

Las excavaciones iniciadas a comienzos del siglo pasado pusieron de manifiesto que hasta la muralla de 7 km. de longitud trató de emular a la de Roma, abriéndose en ella puertas monumentales que fueron reconstruidas, con el tiempo, varias veces, para mantener el empaque que merecía su prestigio. El centro de la ciudad fue ocupado por un espacioso Foro (cuyo definitivo trazado es de época de los Severos) cerca del cual se levantaron

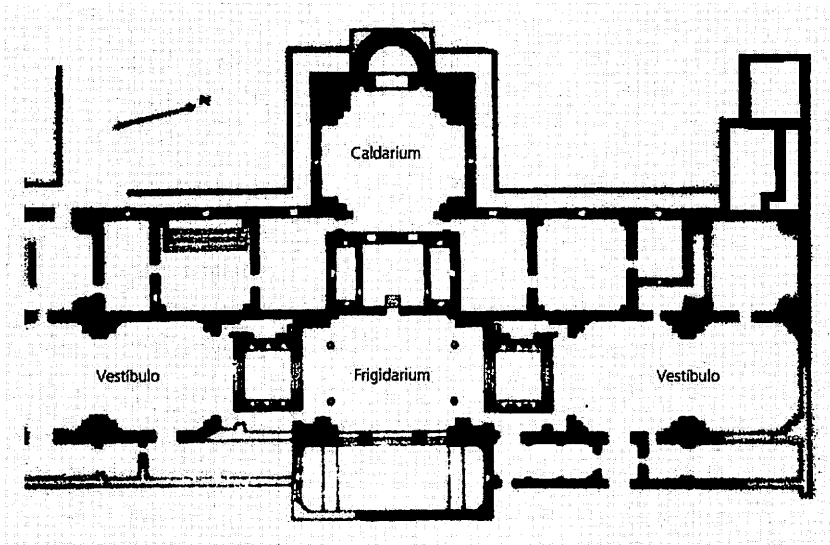
Cesárea. Plano de la ciudad.



varios conjuntos termales: las termas occidentales, las centrales, junto al propio Foro, y las orientales, camino del anfiteatro. Datan todas ellas de finales del siglo II y las más lujosas y de mayores dimensiones fueron las occidentales, fueron llamadas posteriormente *Palacio del Sultán*, lo que da idea de su empaque. Medían 115 x 70 m. y ocuparon un área de 8.050 m². Sus grandes espacios se decoraron con ricos mármoles y mosaicos y, con el tiempo, se concentraron en sus salas un gran número de estatuas y obras de arte que hoy se hallan reunidas en el Museo de Cherchel.

Rematando el área del Foro se alzó el teatro, entre los años 25 al 15 a. C., en época contemporánea a la de Marcelo. Su cavea de 27 hileras tenía una capacidad para unos 6.330 espectadores, lo que da idea de su importancia. Andando el tiempo sería convertido en anfiteatro, aunque el auténtico, concebido como tal y en el que se celebraban las *venationes* primero y las luchas de gladiadores más tarde, se alzó en la parte oriental de la ciudad y por sus dimensiones es uno de los más grandes del mundo romano. Mide 100 m. en el eje mayor y 44 m. en el menor, alcanzando una superficie de 4.082 m². A las afueras de la ciudad, en el sector suroccidental se construyó, en época de los Severos, un circo en el que, al igual que en el de Roma, se celebraron carreras de cuadrigas.

En Cesárea se han encontrado, además, restos de muy diversos templos dedicados a Isis, a Esculapio, a Belona, cultos orientales que en todas las ciudades africanas tuvieron cabida y que demuestran la mezcla de razas y creencias que en ellas convivieron pacíficamente. Especial significado tuvo el templo a Augusto divinizado. Hay que recordar que Cesárea fue una de las primeras ciudades de Occidente que rindió culto al emperador en vida y que, después, extendió dicho culto a toda la familia imperial. Esta nueva ideología no sólo sirvió para estrechar vínculos con Roma, sino también para enaltecer a la propia dinastía principesca local. Restos de un monumental retrato de Augusto y de otros pertenecientes a miembros de la familia imperial testimonian la devoción que por todos ellos sintió Juba II. Mauritania, a cambio, gozó de un estatuto privilegiado, se le permitió acuñar moneda y que su rey se rodease de una guardia personal idéntica a la del Emperador. Sus riquezas llegaron a ser tan cuantiosas que fueron la



Cesárea. Termas occidentales.
S. II d. C.

causa de que Calígula se sintiera celoso de la fortuna de quien fue su sucesor, el desgraciado Ptolomeo, al que asesinó a traición.

Un importante conjunto templario es el llamado Templo del Oeste que se alza en el centro de una plaza porticada, sobre podio y que por sus características recuerda a un Capitolio. Detrás de este sector se encuentra el llamado pequeño templo del oeste, cuya adscripción sigue siendo discutida.

Tan importante ciudad pasó momentos de oscuridad después de la muerte de Ptolomeo y la ocupación llevada a cabo por Calígula. Su época dorada quedó colapsada, su sueño de ser una ciudad equiparable a Roma y por Roma respetada quedó truncado. A pesar de que en época de Claudio volvió a levantar cabeza, se hizo patente su condición de colonia, la *Colonia Claudia Caesarea*, y en condición de tal tuvo que aprender a vivir. Su momento de resurgimiento coincidió con el advenimiento de Septimio Severo. El hecho de que el emperador de Roma fuera de origen africano hizo que todas las ciudades africanas recibieran un trato de favor y que las aristocracias locales, esperanzadas, contribuyeran con su esfuerzo en sus mejoras y prosperidad. Des-

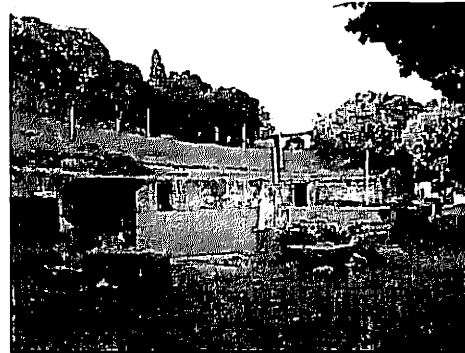
pués de Trajano, la arquitectura monumental del norte de Africa coincide, por lo general, con los reinados de Septimio Severo y de Caracalla.

En el siglo IV conoció los momentos de decadencia e inestabilidad que afectaron a todo el norte de Africa. Más tarde fue ocupada por los vándalos, reconquistada por los bizantinos y destruida por los árabes. De sus ruinas, surgió, posteriormente, como ya se ha dicho, la actual Cherchel, en cuyo museo se encuentran los elocuentes vestigios y restos materiales que evocan su pasado esplendor. Capítulo especial es el que constituyen los bellos y policromos mosaicos que pavimentaron sus lujosas estancias, tanto públicas como privadas, y que nos ilustran, sobre todo, acerca de lo que fue la vida cotidiana, afanada y llena de actividad, en esas *villae* de la Mauritania y del norte de Africa en sus momentos más prósperos y felices. Son páginas iluminadas de una crónica escrita con menudas teselas y que se entiende a simple vista, con una atenta y grata observación.

Cesárea. Termas occidentales. S. II d. C.



Cesárea. Detalle del anfiteatro. Reinado de Yuba II.



Bibliografia

BALLU, A., *Les ruines de Tingad, antique Thamugadi. Sept années de découvertes (103-1910)*, Paris, 1911.

BIANCHI BANDINELLI R., Y OTROS, *Leptis Magna*, Milan, 1964.

FOUCHER, L., "influence de la peinture hellénistique sur la

mosaïque africaine aux II y III siècles", en *Cahiers de Tunisie*, 26-27, Tunes, 1959.

G. Y BELLIDO, A., *Arte Romano*, Madrid, 1972.

JODIN, A., *Volubilis Regia Iubae*, Paris, 1987.

PICARD, G., "La civilisation de l'Afrique romaine", en *Civilisations d'hier et aujourd'hui*, Paris, 1959.

- "Mosaïques africaines du III siècle après J. C.", en *Revue archéologique*, Paris, 1960.

ROMANELLI, P., "Storia delle province romane dell'Africa", *Studi Pubblicati dell'Istituto Italiano per la Storia Antica*, Roma, 1959.

WARD-PERKINS, J. B., "The Art of the Severan Age in the Light of Tripolitanian Discoveries", en *Proceeding of the British Academy*, XXXVII, Londres, 1951.